Sección internacional

PETROLEO

¿Negociarán productores y consumidores?

En la conferencia de la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP) efectuada en Argel durante los días 25 y 26 de enero pasado, se manifestó un cambio en la estrategia política y económica de los estados productores. En esta ocasión, el ministro argelino, Abdelazis Buteflika, externó los deseos de la OPEP de "adoptar nuevos lineamientos para establecer el diálogo y un acuerdo mutuo". Después de señalar que la crisis de la energía es tan sólo un elemento de la crisis general, añadió que las razones de esta crisis económica mundial se situaban fuera de la llamada crisis de energéticos. Al mismo tiempo subrayó que el problema del desarrollo es de importancia vital para el Tercer Mundo.

En seguida se reproducen algunos párrafos del comunicado final de la reunión, en la que participaron ministros de asuntos exteriores, petróleo y finanzas de los países de la OPEP.

"La conferencia examinó la situación económica mundial y consideró que la presente crisis económica que afecta a la comunidad internacional constituye una amenaza creciente para la paz y la estabilidad mundial."

Condenó la campaña de propaganda que imputa a los países miembros de la OPEP la responsabilidad de esa crisis y las reiteradas amenazas contra esas mismas naciones, amenazas y campañas que siembran la confusión y producen el riesgo de conducir a un enfrentamiento.

"Convencidos de la interdependencia entre las naciones y de la necesidad de promover la solidaridad entre todos los pueblos del mundo por una verdadera cooperación internacional, los miembros de la OPEP acogen favorablemente el diálogo entre los países industrializados y en vías de desarrollo y están dispuestos a tomar parte en una conferencia internacional, como la propuesta por Francia, que examinará problemas de las materias primas y del desarrollo."

Algunos analistas señalaron que esta conferencia puso de manifiesto un cambio en la estrategia de la OPEP. Antes se discutían los problemas en el seno de la organización fundamentalmente con una óptica técnico-económica; a ello se ha agregado un enfoque político de grupo, a pesar de la diferente naturaleza de los diversos gobiernos que participan en la OPEP.

Las dificultades para establecer un diálogo entre la OPEP y los grandes consumidores son tales, que hubo una larga discusión en ambos lados para aceptar una reunión preparatoria que fijase la agenda respectiva y los participantes.

Los desacuerdos parecen mayores entre los grandes consumidores a pesar de que Nueva Zelandia se incorporó a la Agencia Internacional de Energía (AIE) como miembro con todos los derechos y obligaciones, mientras Noruega se unió como asociado. Sin embargo, Francia permanece al margen de la misma y la Comunidad Económica Europea y Japón han expresado divergencias con Estados Unidos que propugna una tendencia hacia la autosuficiencia en materia de energéticos que no parece igualmente viable para la mayoría de los países de la AIE.

Del 6 al 8 de febrero se reunieron los países de la AIE en París, en la sede de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), para discutir las propuestas del secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, respecto a la estrategia en materia de energéticos que debían seguir. También se examinaron los estudios de la AIE para un uso común de los recursos petroleros en caso de crisis.

Dos días antes de iniciarse la reunión de la AIE, Kissinger hizo público un plan en un discurso en Washington ante el National Press Club. El Secretario de Estado declaró que si los países consumidores no actuaban en forma conjunta para reducir el consumo de energía y conservar y desarrollar nuevos recursos, serían inútiles los esfuerzos de una nación aislada; añadió que si los consumi-

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del *Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.*, sino en los casos en que así se manifieste.

dores no adoptaban un acuerdo, el diálogo con los productores sería inútil.

En una segunda advertencia indicó a los productores que debían elegir entre aceptar hoy una sensible reducción en los precios a cambio de la estabilidad en los mismos durante un largo período, o correr el riesgo de sufrir un dramático descenso de ellos cuando el programa de desarrollo de las nuevas fuentes de energía comience a dar resultado. En tono de reto dijo que cuanto más tiempo se retrase la OPEP tanto más se reforzará la capacidad de negociación de los consumidores.

Kissinger propuso a los miembros de la AIE adoptar un precio mínimo común inferior al actual, pero lo suficientemente alto para propiciar el desarrollo de nuevas fuentes energéticas.

Asimismo sugirió crear en el seno de la AIE un consorcio de combustibles sintéticos, con el fin de coordinar los diferentes programas nacionales de desarrollo. El funcionario norteamericano planteó también la formación de un consorcio especial de investigación para coordinar los esfuerzos de las distintas naciones y desarrollar un programa de información científica y tecnológica. Según él, todas estas medidas están entrelazadas y no deben considerarse por separado.

Subrayó que si los países industrializados no demuestran una voluntad política para actuar con eficacia en todos los sectores, los productores se verán tentados a aprovechar de nuevo su vulnerabilidad. Para Kissinger, la crisis de energéticos no es sólo técnica, sino también política, y podría ocasionar graves consecuencias económicas y sociales, así como destruir la "fibra moral del cuerpo político".

Los observadores advirtieron una ambigüedad en las declaraciones del Secretario norteamericano, pues al tiempo que apoyaba la movilización de los países industrializados y la formación de un cártel de consumidores, declaraba —en forma menos directa— la voluntad de Estados Unidos de hallar una "solución conciliatoria junto con los productores a algo que no tiene arreglo dentro de una elección racional", según sus propias palabras. En la primera parte del discurso decía: "ningún cártel está a salvo de las condiciones económicas y de una transformación del mercado", añadiendo que con la reducción del consumo y el aumento de los recursos de los países industrializados, cada día sería más difícil para la OPEP determinar la proporción en que cada quien debería disminuir la producción. Incluso ahora, al decir de Kissinger, algunos productores han reducido sus precios para mantener el volumen de sus ingresos y su posición en el mercado. En este período de penuria de energéticos, proseguía el Secretario de Estado, no es aventurado prever la posibilidad de excedentes de energéticos para los años ochenta.

Sus expresiones se atenuaron un tanto al señalar que las "legítimas reivindicaciones de los productores y de los consumidores, de los países industrializados y de los países en vías de desarrollo, deben y pueden conciliarse en un nuevo equilibrio de intereses en mutuo beneficio". Con ello se refería a la adopción de una provechosa alianza entre productores y consumidores respecto a la recirculación de petrodólares, la política de inversiones, el esfuerzo común dirigido a favor de los países pobres más afectados, la adopción de un precio justo para los productores y la seguridad para los consumidores de obtener en forma regular remesas petroleras. Empero, al final de ese párrafo proseguía la línea dura, al advertir que toda tentativa de utilizar el petróleo como medio de presión sobre la economía de los países industrializados destruiría las oportunidades de la cooperación. Para resumir, puntualizó que tanto consumidores como productores se encuentran en el cruce de dos caminos, con la posibilidad de crear nuevas relaciones políticas e institucionales, o de proseguir rutas distintas, pagando cada uno el precio de la incapacidad de ver a largo plazo. Según él, la actitud norteamericana era conciliadora.

Las proposiciones contenidas en el análisis del Secretario de Estado fueron recibidas inicialmente con grandes reservas por parte de europeos, árabes, japoneses y los propios norteamericanos. En particular, dentro de la AIE, Italia y Japón se mostraron reacios a adoptar en su totalidad dicho Plan. Como ambos países carecen de recursos energéticos suficientes, no tienen mayor interés en aceptar un precio mínimo alto para el petróleo.

Aunque el Plan fue recibido con interés por algunos expertos en Estados Unidos, produjo una reacción general de escepticismo; las principales objeciones fueron las siguientes:

- El precio mínimo de 7 a 8 dólares por barril, mencionado por algunos funcionarios del Gobierno (no por Kissinger) es demasiado bajo para intentar cualquier inversión en otros energéticos.

- El Plan sitúa firmemente a Estados Unidos en el campo de los países que apoyan altos precios para el petróleo

- El Plan despierta sospechas en europeos y japoneses de que Estados Unidos intente remplazar el actual cártel de la OPEP con un cartel energético basado en sus recursos.

El Presidente de la Petroleum Industry Research Foundation comentó que Kissinger parece preocupado por fijar un precio mínimo al petróleo cuando todo el mundo quería mantener un precio mínimo agregando que, por lo menos en apariencia, añadía mayor confusión a las circunstancias actuales.

Una empresa dedicada a desarrollar tecnologías para obtener petróleo bituminoso (Shale Oil Corp.) dijo que el plan se dirigía más al petróleo tradicional que a los sintéticos; añadió que esa empresa desea vender al Gobierno. En la actualidad cuesta 9.50 dólares la producción de un barril de petróleo bituminoso y una o dos veces más el extraído de carbón.

Comprensiblemente, la reacción de los productores ante el Plan fue más violenta. Al ser interrogado por la prensa sobre el mismo, el embajador de Iraq en París respondió: "Esas declaraciones provienen del dominio de la piratería, puesto que se nos quiere imponer un precio sin consultarnos. Estamos dispuestos a discutir siempre y cuando se nos consulte para fijar el precio del petróleo y los precios de las materias primas, de los productos terminados y los de otras fuentes de energía". Concluyó afirmando que los productores deseaban una conferencia con los consumidores que estudiara la situación de las demás materias primas y no sólo la del petróleo.

Bajo el título "La escalada de la amenaza" en la prensa de Argelia se criticó abiertamente el Plan Kissinger. "Equivalente a no admitir el diálogo entre productores y consumidores", se

afirmó, añadiendo que "esa amonestación hacia los países de la OPEP fue reforzada por una advertencia de Kissinger a sus socios europeos, en especial a Francia, organizadora de una futura conferencia no bipartita, sino tripartita. En esta forma, el ministro norteamericano puso en guardia a Europa contra una actitud demasiado comprensiva en cuanto a los países petroleros".

En Bruselas también se recibieron con grandes reservas las proposiciones de Kissinger, las cuales contrarían los planes de la CEE. En éstos se propone una garantía "selectiva" de las inversiones a mediano plazo en energía nuclear, carbón y gas natural, manteniendo siempre la flexibilidad en el precio del petróleo importado. El adoptar un precio mínimo concede una indiscutible ventaja a Estados Unidos, al decir de la CEE, puesto que posee importantes recursos energéticos propios, a diferencia de Europa.

Por los mismos días de febrero los miembros de la CEE, socios de la AIE, examinaron la posición que adoptarían en la conferencia preparatoria entre los grupos rivales, propuesta, paradójicamente, por Francia, único gran consumidor de Europa occidental que no es miembro de la AIE y que defiende una política dirigida a lograr un mayor entendimiento con los productores del Golfo Pérsico y, hasta cierto punto, con los países tercermundistas productores de materias primas. Durante la visita realizada el 20 de febrero por Kissinger al Presidente Giscard d'Estaing, se hizo patente que entre la posición norteamericana (limitar la orden del día de la conferencia preparatoria al petróleo) y la de Argelia, entre otras (extender el orden del día de la misma a todas las materias primas importantes), Francia tenía una posición intermedia: dar prioridad al petróleo, aunque en una segunda fase discutir ampliamente los otros productos básicos.

Posteriormente, el 26 de febrero, la CEE dio a conocer en Bruselas dos importantes comunicados: uno relativo a la manera de organizar la cooperación entre los consumidores. Otro, acerca de los mecanismos económicos sobre los cuales se debería apoyar la política de desarrollo de nuevas fuentes energéticas.

Según la Comunidad, los consumidores deberían adoptar "objetivos de exploración y de producción de energía" comunes, antes de iniciar la conferencia preparatoria, tanto por consideraciones de seguridad como por reducir la dependencia de las naciones industrializadas respecto a la OPEP. La CEE sugirió que los costos de los esfuerzos deben ser compartidos por los consumidores, al igual que los beneficios.

Como compromisos políticos que deben adoptarse de inmediato entre los consumidores, la Comunidad citó el libre acceso mutuo a los recursos energéticos y la no discriminación en cuanto a precios y condiciones de acceso a los energéticos. Una vez iniciado el diálogo con los productores y al entrever los resultados del mismo, seguiría una segunda etapa. Los consumidores podrían sopesar mejor las condiciones de seguridad y precisar los objetivos de producción, de acuerdo con un conjunto de precios de referencia convenido entre los consumidores para el costo del desarrollo, a largo plazo, de otras fuentes energéticas. Durante esta segunda etapa, los consumidores adoptarían medidas y mecanismos destinados a garantizar la realización de las inversiones necesarias. Se intentaría, en suma, reducir la dependencia energética de la CEE del actual 65% a 50% en 1985. Para ello se propuso adoptar un precio mínimo común para el petróleo, calculado sobre la base del costo de producción de otros energéticos, producción que, en la CEE, sería principalmente de electricidad de origen nuclear. Las medidas adoptadas por la Comunidad —por ejemplo, impuestos compensatorios a la importación— garantizarían el precio mínimo contra toda amenaza de reducción.

Aunque la CEE no especificó el nivel del precio mínimo, dado el carácter un tanto moderado de los objetivos de producción de energéticos, podría afirmarse que sería de 6 dólares por barril, inferior, por tanto, al de 7 u 8 dólares propuesto por algunos funcionarios norteamericanos.

Los países de la CEE que desearan reducir en forma más acelerada su dependencia de los energéticos del exterior deberían comprometerse en inversiones a un costo más elevado, mismo que sería subvencionado por la Comunidad repartiendo la carga entre los estados miembros.

La siguiente asamblea de los ministros de la OPEP se inició en Viena el 25 de febrero. En esa fecha, los productores reiteraron las conclusiones de reuniones anteriores:

- El alza de los precios del petróleo no fue causa, sino efecto, de la inflación.
- No podría acusarse a la OPEP de ser responsable de la recesión de los países industrializados.
- La OPEP estaba dispuesta a dialogar con los consumidores, siempre y cuando se examinaran otros asuntos: materias primas, sistema monetario internacional, costo de la transferencia tecnológica y problemas del desarrollo en el Tercer Mundo.

Una de las cuestiones más candentes y difíciles de resolver era saber si la OPEP debía coordinar la reducción en la venta y la producción del crudo para obstaculizar el evidente descenso de los precios en el mercado petrolero. El representante de Argelia declaró que su país apoyaba dicha coordinación y otros productores también la aceptaron.

En esta reunión, Abu Dhabi y Libia solicitaron y obtuvieron la aprobación para reducir los precios de algunos de sus productos. Argelia lo había hecho recientemente y Ecuador parecía seguir el mismo camino. Sin embargo, la asamblea no tuvo como objetivos concertar acuerdos para tomar medidas inmediatas, sino para preparar la reunión de Jefes de Estado de la OPEP de la primera semana de marzo.

Es evidente una reducción en la producción de crudo de los más grandes exportadores, según lo demuestra la información publicada por el Petroleum Intelligence Weekly en *The New York Times* del 4 de marzo (véase el cuadro).

Durante una sesión efectuada el 4 de marzo en Bruselas por los ministros de Asuntos Exteriores de la CEE, se evidenciaron los deseos por parte de los mismos de evitar el menor enfrentamiento no con los productores, sino con Estados Unidos. Ante esta actitud de titubeo demostrada por los ministros de la CEE al recibir una invitación del presidente Giscard d'Estaing para realizar el 7 de abril la conferencia cumbre tripartita preparatoria, el representante francés, Jean Sauvagnargues recordó a los ministros que desde el 10 de febrero se había elegido tal fecha por unanimidad. No obstante, un comunicado de Estados

Producción petrolera de algunos miembros de la OPEP
(Producción de crudo en promedio de miles de barriles diarios)

	Enero 1975	*Enero 1974*	*Enero 1973*
Arabia Saudita	7 890	8 479	7 600
Irán	5 543	6 021	5 800
Venezuela	2 680	2 976	3 366
Kuwait	2 078	2 547	3 022
Iraq	2 072	1 850	1 954
Nigeria	2 050	1 490	2 056
Libia	969	2 250	2 188
Abu Dhabi	819	1 414	1 300
Qatar	514	518	570

Nota: en febrero se redujo aún más la producción de algunos países.

Unidos, en el cual advierte que no asistirá a la conferencia preparatoria mientras los consumidores no lleguen a un mínimo acuerdo sobre la manera de concertar sus programas de desarrollo de los nuevos recursos energéticos y sobre la política de precios y de inversiones, restó seguridad a los miembros de la CEE que a su vez son socios de la AIE.

El mismo 4 de marzo se iniciaron en Argel las deliberaciones de la reunión cumbre de la OPEP, bajo la presidencia de Houari Boumediene, ante la presencia de jefes de Estado y príncipes del Golfo Pérsico, Venezuela, Ecuador y demás países exportadores de crudo afiliados a la OPEP.

A continuación se transcriben los párrafos más sobresalientes del comunicado emitido al clausurarse la reunión de los dirigentes de los países de la OPEP:

"Los soberanos y jefes de Estado reafirman la solidaridad que une a sus países en la protección de los legítimos intereses y derechos de sus pueblos, ratificando el soberano e inalienable derecho de sus naciones a la posesión, explotación y fijación de los precios de sus recursos naturales. Rechazan cualquier idea o intento que desafíe esos derechos fundamentales y, con ello, la soberanía de sus países.

"Los soberanos y jefes de Estado coinciden en que la causa de la actual crisis económica surgió en gran parte por las profundas desigualdades en el progreso económico y social entre los pueblos. Dichas desigualdades, características del raquítico progreso de los países en vías de desarrollo, se han generado y fomentado principalmente por la explotación extranjera, agudizándose a través de los años debido a la falta de una adecuada cooperación internacional para el desarrollo.

"Esta situación ha provocado la pérdida de los recursos naturales de los países en vías de desarrollo, impidiendo la transferencia efectiva de recursos de capital y de tecnología, dando por resultado un desequilibrio básico en las relaciones económicas.

"Advirtieron que el desequilibrio que acosa a la situación económica internacional se ha agravado con la inflación universal, una disminución generalizada en el crecimiento económico y la inestabilidad del sistema monetario mundial ante la falta de disciplina y control monetarios.

"Hacen hincapié en que la causa decisiva de dichas anomalías radica en las viejas y constantes dificultades acumuladas a través de los años, tales como la tendencia generalizada en los países desarrollados a consumir en exceso y a desperdiciar los recursos no renovables, así como en las políticas inadecuadas y miopes del mundo industrializado.

"En consecuencia, rechazan cualquier argumento que atribuya al precio del petróleo la responsabilidad del actual desequilibrio de la economía mundial. En realidad el petróleo, que ha contribuido tanto al progreso y a la prosperidad de las naciones industrializadas durante el pasado cuarto de siglo, no sólo es la fuente de energía más barata por su obtención, sino que el costo del petróleo importado representa una gran parte del PNB de los países desarrollados.

"El reciente ajuste en el precio del petróleo no contribuyó más que de manera insignificante a producir las altas tasas inflacionarias, generadas dentro de las economías de los países desarrollados básicamente por otras causas. Esta inflación, exportada continuamente a los países en desarrollo, quebranta sus esfuerzos por progresar.

"Los soberanos y jefes de Estado condenan, asimismo, las amenazas, campañas propagandísticas y otras medidas que han llegado hasta a atribuir a los países miembros de la OPEP la intención de minar las economías de los países desarrollados.

"Estas campañas y medidas, que pueden conducir a una confrontación, han obstruido el claro entendimiento de los problemas involucrados y tienden a crear una atmósfera de tensión inconveniente para la cooperación y la deliberación internacionales. Asimismo denuncian a cualquier agrupación de países consumidores cuyo objetivo sea el enfrentamiento y condenan cualquier plan o estrategia elaborados con fines de agresión económica o militar por parte de dichas agrupaciones o cualquier otra contra cualquier país miembro de la OPEP.

"Habida cuenta de dichas amenazas, los soberanos y jefes de Estado reafirman la solidaridad que une a sus países en la defensa de los legítimos intereses de sus pueblos y, por tanto, declaran estar dispuestos, dentro del marco de dicha solidaridad, a tomar medidas inmediatas y eficaces para contrarrestar tales amenazas con una respuesta conjunta siempre que sea necesario, sobre todo en caso de una agresión.

"Los soberanos y jefes de Estado están conscientes del estrecho lazo existente entre la obtención de su desarrollo nacional y la prosperidad de la economía mundial. La interdependencia en

Cuando la economía se torna política

JACQUES ATTALI

En Estados Unidos está a punto de surgir una nueva ciencia económica. Con lentitud y contradicciones, brotan en todas las escuelas del pensamiento las semillas de superación de las viejas teorías, cuya impotencia e inutilidad quedaron demostradas durante la última "reunión económica cumbre" del Presidente [Gerald R. Ford].

Es común observar en nuestros días que los más serios economistas norteamericanos reconocen no tener nada que decir de la política y que les hará falta realizar un largo y silencioso rodeo teórico antes de proponer nuevas ideas, nuevos análisis, nuevas técnicas. Este pronóstico es bastante verosímil, ya que la acumulación de tesis, libros, artículos, seminarios y el surgimiento por doquier de jóvenes y muy talentoso investigadores, no logran ocultar la profundidad de la confusión en el mundo académico estadounidense frente a la complejidad e impotencia de los instrumentos analíticos disponibles. Como el mundo político, el mundo de la investigación ha contemplado la paulatina degradación de las bases teóricas e ideológicas del consenso respecto a la naturaleza del progreso, que hasta ahora le había dado su fuerza. Las divergencias tradicionales resurgen y se agudizan. Esas diferencias justifican cada vez más la incredulidad del público ante las contradictorias propuestas de política económica ofrecidas por cada grupo.

Desde hace 30 años, tres corrientes permanecen como polos de la evolución de esta búsqueda. Hoy todas parecen concentrarse sobre una cuestión política mayor: los teóricos neoclásicos se interrogan acerca de las dificultades de estructuración de las organizaciones económicas modernas; los empiristas neokeynesianos se procupan por las contradicciones del crecimiento; los neorradicales descubren el marxismo y buscan en él la interpretación de la historia económica norteamericana y de la presente crisis.

Sin duda, entre los neoclásicos se encuentra hoy la élite oficial de la joven generación de economistas, tales como Starret, Stiglitz, Kurz Lau, Feldstein, Becker. Figuran entre los más respetados y producen trabajos formales a un ritmo inalterable, incluso llevando los conceptos y modelos de la teoría clásica del siglo XIX a los dominios más variados y más a la moda del debate social (educación, salud, empleo, ambiente, distribución del ingreso, formalización matemática de la teoría marxista de la explotación, crecimiento). Todos desembocan en el problema del paso entre lo que ellos creen que es un equilibrio microeconómico y la realidad de los desequilibrios macroeconómicos y, más ampliamente, en lo que son, según ellos, los límites de la organización de todo poder colectivo. Por otra parte, esos límites parecen convertirse en un elemento del debate ideológico dominante, que da fundamento al escepticismo de esos teóricos en cuanto a la acción del Estado y en cuanto a la conciliación en la democracia liberal de la libertad y la eficiencia.

El último ensayo de J. K. Arrow (*The Limits of the Organization*), cuya resonancia ha sido considerable en el mundo de la investigación, es ciertamente el ejemplo más logrado y lúcido de esa inquietud de los teóricos de la democracia económica norteamericana ante la creciente complejidad de los problemas que ese régimen debe afrontar. De este modo, la mayoría de los neoclásicos se esfuerza en comprender si todavía es posible en la actualidad que los mecanismos del mercado de competencia dominen la crisis, sin que sean necesarios un cambio de la naturaleza del Estado y una reorientación del crecimiento y los poderes. Semejante actitud teórica no puede dejar de condicionar sus posiciones en materia de política económica. De esta manera, están convencidos de que sólo una larga recesión (cinco, ocho años, dice Milton Friedman) disminuirá la inflación y de que hay que aceptarla, cualesquiera que sean las consecuencias sobre el empleo y la desigualdad.

Si los neoclásicos constituyen la élite oficial de los teóricos, los empiristas neokeynesianos son con mayor frecuencia los consejeros oficiales de todos los poderes financieros, sindicales y políticos. Si la costa occidental, con Stanford y Berkeley, continúa siendo el gran centro de los neoclásicos, Yale, Brookings, Wharton, Harvard y, sobre todo, el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), sin duda el más poderoso centro de investigación en ciencias humanas del mundo, son hoy más que nunca asientos privilegiados de las investigaciones empíricas multidisciplinarias y lugares de realización de "escenarios" de todo tipo para las autoridades de Nueva York o de Washington. Allí también comienzan a surgir jóvenes muy talentosos: F. Bergstein, en Brookings; Freeman y Roberts en Harvard; Nordhaus en Yale; Mac Avoy y Piore en el MIT; Akirof, en Berkeley. Sus investigaciones señalan los límites de los modelos keynesianos de ajuste coyuntural del sistema y la insuficiencia del manejo global del presupuesto o de la masa monetaria. Estudiando empíricamente la realidad de las ciudades, del ambiente, del crecimiento, del comercio internacional, con creciente frecuencia llegan a ver la razón fundamental de la inflación en la insuficiencia y en la mala orientación de las inversiones en Estados Unidos.

Nota: Este trabajo fue publicado en *Le Monde de l'économie*, 11 de febrero de 1975, pp. 17 y 20 [Traducción de Graciela Phillips.]

Muchos de ellos (en Brookings, Yale, etc.) trabajan sobre el análisis de la tendencia a la disminución de la rentabilidad del capital norteamericano, sobre la insuficiencia del equipamiento colectivo y del equipamiento básico y sobre el desperdicio del actual modelo de crecimiento. ¿De qué sirve -comentan— manipular la tasa de interés, cuando ello no hace más que acelerar la disminución de la productividad del capital, provocar la baja de la productividad del trabajo y una recesión conducente a desaprovechar los potenciales de la producción?

Asimismo, muchos de ellos ven la solución de la crisis en una política económica radicalmente distinta del rigorismo clásico actual: un crecimiento monetario más relajado; aceptación de un considerable déficit presupuestario; baja de las tasas de interés; estímulos fiscales a las inversiones; control selectivo de precios y salarios; creación de empleos públicos, e, incluso, reducción de las desigualdades y refuerzo de las leyes *antitrust*.

Con ello comparten algunas de las conclusiones del neorradicalismo, de un radicalismo al que se trata mal. En efecto, en muchos sitios, sobre todo en donde se ha podido hacerlo sin complicaciones, los profesores radicales norteamericanos han sido expulsados de sus cargos. Terminó la época gloriosa de 1969-1970. No queda ninguno de ellos en Harvard o en el MIT (salvo aquellos que son inamovibles, como Marglin o L. Thurow, porque tienen una cátedra). La comunidad radical de Massachusetts, reagrupada a 200 km al norte, en el pequeño *College* de Amherst, lucha por sobrevivir y mantener sus lazos con los otros grupos dispersos en el país, más que por proseguir sus propias investigaciones. En California la cacería ha sido aún más severa. En Stanford, dejando de lado al profesor Gurley, quien casi está alejado de la cátedra, el único docente "radical" es un austriaco, Steindl, sobreviviente de la escuela de Viena, anterior a la guerra.

Pese a lo dicho, pese a la sutil e implacable represión representada asimismo por el sistema de reclutamiento por cooptación, verdadera apología del conformismo científico entre los jóvenes investigadores, se desarrolla la corriente radical. A fines de 1974, los economistas radicales realizaron su primer congreso anual en San Francisco, en la misma fecha y en la misma ciudad en que lo hacía la majestuosa American Economic Association.

Las obras de los radicales adquieren mayor profundidad. Tras la fase de crítica superficial de las desigualdades sociales, los nuevos trabajos son más importantes. Se ocupan en primer término de la historia económica de Estados Unidos, que aún no se escribe; pero el estudio de la producción, de la organización del trabajo y de la jerarquía, así como del imperialismo y la desigualdad, son también los dominios privilegiados de sus investigaciones.

Gran parte de esos trabajos, además, se dedica a evaluar la apropiación colectiva de los medios de producción e, incluso, los elementos principales de los procesos de planificación autodirigida. Sin embargo, su verdadera victoria consiste en otra cosa. Se trata de la rápida difusión de sus ideas: las librerías de las universidades estadounidenses han cambiado de aspecto desde hace cinco años. Las ediciones de bolsillo de Marx, Engels, Laffargue (no sólo *El Capital*, sino también los *Grundrisse* y el *AntiDühring*) ocupan numerosos anaqueles; la sociología y la ciencia política se abren también a nuevas ideas. Por otra parte, algunos economistas del *establishment*, entre quienes se encuentran algunos de los más conocidos y famosos, tales como Galbraith o Leontieff, llegan a las mismas conclusiones que los radicales, cuando proponen, el uno, el control de precios y la nacionalización de los grandes grupos y el otro, el establecimiento de un organismo nacional de planificación para compensar el peso de las empresas apoyándose en los sindicatos, con el fin de orientar la inversión hacia los sectores indispensables para el equilibrio del desarrollo nacional.

Empero, pese a sus divergencias, todas las corrientes de la comunidad económica norteamericana tienen en común el mismo sentimiento de incomunicación con el poder. "Escribimos para de aquí a treinta años", se escucha en los tres campos. Efectivamente, sin interlocutores de crédito, cada día se alejan más de la acción. Cerca de los republicanos, se sienten vejados por no estar en Washington, en donde se manifiestan todos los días las contradicciones y debilidades de los consejeros y en donde no se aprecia a los intelectuales; cerca de los demócratas, sienten desconcierto por la ausencia de una línea directiva y por la falta de dirigentes dignos de crédito en el partido; también tienen traumas por lo que revela la Historia respecto a su desempeño en los gobiernos de Kennedy y de Johnson (Bahía de Cochinos, Vietnam, el fracaso de la gran sociedad, la ausencia de verdadera movilidad social, las deficiencias de sus provisiones económicas). El profesor Modigliani escribió recientemente, al criticar el informe económico de Herbert Stein, jefe de los consejeros económicos de Nixon, lo siguiente: "Debo reconocer que estoy verdaderamente contento de no haber tenido que decidir en ese penoso año y de no haber escrito el informe. . ."

Hoy, al igual que en los años treinta, la comunidad económica norteamericana se encierra en sí misma. Advierte que el sistema de dos partidos sin ideología autónoma, máquinas para tomar el poder, dificulta mucho que cualesquiera de esos partidos llegue a adoptar un programa coherente (monetario, fiscal, industrial, social y político), que pudieran proponerles los miembros de esa comunidad. Es indudable que los economistas norteamericanos tienen algo que decir a las estructuras de poder, pero sus soluciones no son tan sólo técnicas. Son políticas en cuanto contienen proyectos de sociedad, posturas totalmente diferentes acerca del porvenir de Estados Unidos.

Mientras los poderosos en este país no acepten discutir acerca de las opciones de los valores políticos explícitos a largo plazo, carecerán de un lenguaje común con las nuevas generaciones de economistas de todas las tendencias. Y su crisis será más profunda.

aumento entre las naciones les obliga a recapacitar respecto a las dificultades padecidas por otros pueblos, mismas que pueden afectar la estabilidad mundial.

"Habida cuenta de lo anterior, reafirman su apoyo al diálogo, la cooperación y la acción conjuntas para solucionar los grandes problemas a que se enfrenta la economía mundial.

"Con ese propósito los países miembros de la OPEP, con recursos financieros multiplicados en un tiempo relativamente breve, contribuyen a través de conductos multi y bilaterales a los esfuerzos de desarrollo y nivelación de las balanzas de pagos de otros países en crecimiento, así como de los países industrializados.

"Como proporción del PNB, su apoyo financiero a otros países en desarrollo fue durante 1974, varias veces mayor que el promedio anual de ayuda concedida por las naciones industrializadas a los países subdesarrollados durante el último decenio del desarrollo. Por otra parte, los países miembros de la OPEP concedieron apoyo financiero a los países desarrollados para ayudarles a hacer frente a los déficit de sus balanzas de pagos.

"Los soberanos y jefes de Estado están de acuerdo, en principio, en celebrar una conferencia internacional con participación de los países en desarrollo y los desarrollados.

"Consideran que el objetivo de dicha conferencia sería lograr un adelanto importante en la acción dirigida a disminuir las grandes dificultades existentes en la economía mundial y que, en consecuencia, la conferencia concedería igual atención a los problemas a que se enfrentan tanto los países en desarrollo como los desarrollados.

"Por tanto, el temario de la conferencia no puede limitarse a examinar el problema de la energía. Incluye, evidentemente, el problema de las materias primas de los países en desarrollo, la reforma del sistema monetario y la cooperación internacional en favor del desarrollo para lograr la estabilidad mundial.

"Los soberanos y jefes de Estado ponen el acento en que la explotación de los recursos petroleros no renovables debe basarse, primero y ante todo, en los principales intereses de sus pueblos.

"Al tiempo que reconocen el papel vital de la oferta petrolera para la economía mundial, opinan que la conservación de los recursos petroleros es una necesidad fundamental para el bienestar de las futuras generaciones.

"Los soberanos y jefes de Estado señalan que un precio artificialmente bajo del crudo en el pasado aceleró la sobreexplotación de este recurso limitado y no renovable.

"El precio del petróleo debe mantenerse ligado a determinados criterios objetivos, incluyendo el precio de los productos elaborados, la tasa de inflación, las condiciones de la transferencia de bienes y tecnología para el desarrollo de los países miembros de la OPEP.

"Respecto a los abastecimientos petroleros, reafirman la favorable disposición de sus países para asegurar los suministros que satisfagan las necesidades esenciales de las economías de los países desarrollados, siempre y cuando las naciones consumidoras no utilicen barreras artificiales para distorsionar el funcionamiento normal de la oferta y la demanda.

"Respecto a los precios del petróleo, señalan que a pesar de la aparente magnitud del ajuste, la elevada tasa inflacionaria y la depreciación de la moneda han destruido gran parte del valor real del reajuste en los precios y que el precio actual es notoriamente más bajo que el que resultaría del desarrollo de otras fuentes energéticas.

"No obstante, están preparados para negociar las condiciones para la estabilización de los precios del crudo que capacite a los países consumidores a realizar los necesarios ajustes en sus economías.

"Hacen hincapié en que deberían tomarse medidas básicas y urgentes para reformar el sistema monetario internacional en tal forma a que éste brinde los instrumentos estables y adecuados para la expansión comercial, el desarrollo de recursos productivos y el crecimiento equilibrado de la economía mundial.

"Advierten el fracaso de las iniciativas tomadas hasta ahora para reformar el sistema monetario internacional.

"No debe permitirse en lo futuro que los países desarrollados adopten decisiones unilaterales que afecten el valor de las reservas de divisas, los derechos especiales de giro y el precio y la función del oro en el sistema monetario internacional. Los países desarrollados deberían estar de acuerdo con una reforma genuina de la organización monetaria y financiera para asegurar a todos los países en desarrollo una justa representación y garantizar sus intereses.

"La reforma del sistema monetario internacional deberá permitir un aumento significativo de la intervención de los países en desarrollo en las decisiones y en la dirección de los beneficios del sistema."

La OPEP acordó que Venezuela, Argelia, Arabia Saudita e Irán concurran a la reunión preparatoria convocada por Francia. La CEE también decidió asistir, representada por el Presidente del Consejo de Ministros de los Nueve. De los países consumidores subdesarrollados se invitó a la India, Brasil y Zaire. Al momento de escribir estas notas el primero ya había aceptado la invitación y se esperaba que en breve le seguirían los otros dos. Los demás países invitados, Japón y Estados Unidos, asistirán a la conferencia de acuerdo con la sugerencia de la AIE.

Estados Unidos accedió a concurrir a la mencionada reunión preparatoria una vez tomados los acuerdos básicos que exigía en el seno de la AIE. En efecto, el 20 de marzo la AIE decidió establecer a principios de julio un precio mínimo común de protección para emprender inversiones para desarrollar nuevas fuentes energéticas. Sólo Suecia se abstuvo de aprobar tal acuerdo. Se dispuso también que a principios de julio se pondría en práctica la cooperación en proyectos específicos de investigación y desarrollo de nuevas fuentes de energía, aunque dichos proyectos serían discutidos caso por caso. Se dará prioridad a los relativos a la recuperación del desperdicio de energía en usos industriales y a la producción de hidrógeno a partir del agua. Cabe recordar que ya antes se había aprobado la otra condición norteamericana, o sea la creación de un fondo para financiar los déficit en balanza de pagos de los grandes consumidores de petróleo, que incluso se amplió a nivel de todos los países de la OCDE. Este fondo se constituirá el 9 de abril próximo.